

La vida y la obra de Loula D. Constantinidis*

Angelikí Armyra

Hay momentos, amigos míos, en que nuestra alma cansada busca un camino distinto de los demás caminos.

Un camino que no esté cubierto de asfalto.

Donde no existan aceras ni vertederos.

Un camino sin vitrinas iluminadas, sin tráfico ni aglomeraciones.

Y el alma, en un sobresalto de dolor, reconoce que se ahoga en una soledad mortal, en un desierto cruel.

Vaga y mira al mundo que va y viene, desconocido, indiferente, ajeno, impersonal. Sólo su paso se escucha sobre la acera.

Hoy en día, por otra parte, llamamos amigos a quienes conocemos socialmente. Pero no son amigos. Y no prestamos atención a las poquísimas excepciones. Se perdió la amistad que unía a los hombres, como lentamente se pierde también el verdadero amor.

Los primeros hombres de la tierra, en la época en que, desnudos, resistían indefensos los cambios de estaciones, construían cavernas en las rocas, arrastraban una piedra grande a la entrada para protegerse de los animales salvajes, y su única preocupación, aparte de los alimentos u otra cosa semejante, era la inquietud de cómo cuidarse de las innúmeras fieras.

Hoy en día, si nos sentamos a pensar en serio lo que nos pasa, nos espantaremos.

Porque, hoy día construimos nuestras casas —grandes o pequeñas, no tiene importancia—, las decoramos, las embellecemos con un gusto completamente opuesto al de nuestras abuelas.

Y la época de nuestras abuelas no está lejana. Es de 40 ó 60 años atrás. Es decir, apenas ayer.

* Conferencia dictada el 6 de noviembre de 1978 en la Gran Sala de la Asociación Literaria "Parnassos", Grecia. Traducción del griego por Fotios Malleros K.

Aquellas abrían sus salones sólo para sus visitas. Cubrían los cuadros y los muebles con fundas y cerraban las puertas con llave para que no se entrara a lo inaccesible.

La cerrada sala de la abuela o de la madre, incluso, era una maravilla prohibida para nosotros, y cuando lográbamos a escondidas escurrirnos, nos envolvía una fría sensación y el olor del encierro nos ahogaba.

Nada de todo esto sucede hoy, porque decoramos nuestra casa y la hacemos bella y agradable sólo para nosotros mismos. Es decir, construimos nuestro refugio, no por los animales salvajes a que temía nuestro progenitor con la piel de carnero en la cintura, sino por las bestias que son los hombres.

El hombre de hoy ha olvidado su vocación, su humanidad y, desviando de ruta, se castigó a sí mismo y se autodestruyó.

Si buscamos en lo hondo de la mirada de los hombres, no hallaremos, como antes, esos tranquilos, abrigados puertos para descansar.

Hoy los ojos de los hombres han vuelto su dirección hacia dentro de sí, hacia su yo.

Son indiferentes a su vecino, el niño enfermo, infortunado que llora, y desgraciadamente existen y giran en torno nuestro muchos niños anegados en lágrimas.

Y no avanzemos, sino que detengámo a estudiar, más allá del elemento humano, el paisaje circundante, lo que nos ofrece.

Salíamos antes de paseo y nuestros ojos se llenaban de colores y aromas. Jardines repletos de flores, cuyas fragancias se precipitaban hasta las calles. Cuando llovía, la tierra dimanaba un aroma embriagador. Pero hoy ya no existe tierra, hay *smog* y polvo de cemento.

Nuestros hijos no conocen el olor de la tierra mojada, a las locas mariposas las ven en fotografía o embalsamadas. Caminamos por las calles y no conseguimos escuchar los cantos de los pájaros, los ahogan las voces que no son ideales. Los ruidos que crean los hombres ahogan la musicalidad y la armonía de la creación.

Y dentro de las ciudades no tenemos la exigencia de escuchar ni el canto del arroyo ni a la alondra en su invitación erótica. Son felicidades perdidas. Por esta razón nuestra alma busca encontrarse fuera de este espacio que mató a la belleza. Un geranio florido, el gorrión, ese vagabundo del cielo, bastan para poner una nota de belleza en nuestra hambrienta mirada. Y esta mirada nuestra no logra ahogar la agonía que la aplasta. Nos falta el aroma de la cortesía, las manos extendidas se han doblado.

Y cuando encontremos a un hombre cortés, compasivo, debemos detenernos, conscientemente en actitud de atención.

Todos esos elementos que nos brindaban motivos de alegría, euforia y calma, están ausentes.

Nuestras ventanas vacilan en abrirse de par en par porque la imagen circundante de masas de cemento nos descorazonará.

Y si algún atardecer nuestro romanticismo nos arrastra afuera a las horas crepusculares para que nos dore el bifurcado rayo del sol y nos embrujemos por las miríadas de incendios en la apoteosis del astro declinante, nosotros levantamos el cuello de nuestro abrigo, bajamos las miradas y volvemos atrás a nuestro refugio. No hallamos nada de lo que habíamos anhelado. Nuestra alma, viajera del sueño, ya no encuentra ni flores, ni voces de pájaros.

Antes, en los añosidos que no distan tanto de hoy, pero que yacen enterrados en el "ayer", a cualquier hora que nos encontráramos en los parques, en senderos apartados, nuestros ojos se llenaban de colores, y las flores que trepadas florecían en los cercos, gritaban:

"Ríe, la vida es bella!"

Hasta las aves, desde las muy verdes ramas, nos gritaban:

"Ríe, la vida es bella".

Hoy, ¿quién nos dice esto?

El pobre césped, que extendemos por comodidad sobre nuestra terrible desnudez, festeja una estéril primavera.

Y los pájaros huyeron lejos, porque nosotros los echamos. No pueden anidar ni en el cemento ni en el césped.

Y así quedan vacías las blancas salas de nuestra alma, las aterciopeladas cunas de nuestros ojos.

Con este regreso mío, pues, a estas nobles y bellas cosas perdidas, tanto de parte de los hombres y de la sociedad como de parte de la Naturaleza, estoy segura de haber creado un clima de desagrado, y las campanas de nuestro yo están prontas a resonar lúgubemente.

Será, empero, un gran error. Las esperanzas no se borran fácilmente. Siempre han de ondear banderas de ensueños, banderas de alegría. En el fondo debemos permanecer despreocupados. Porque, en nuestra época antiespiritual, queda algo que es profundo y grande y que encubre las perdidas bellezas del ayer.

Y este algo profundo y grande parte de los jardines florales que encierra el alma humana y que quedan inmaculados e intactos.

Y existen ciertas notas que nos murmuran sobre colores y aromas.

Tales notas que nos ofrendan de distinta manera las felicidades perdidas, son los libros que calientan el fogón de nuestro corazón,

de cuyas preciosas páginas sacamos optimismo, alivio, y en las que encontramos el mensaje que creíamos perdido:

“*Ríe, la vida es bella*”.

Libros de meritorios escritores y poetas helenos, que nos conducen a muy luminosas y pacíficas alturas, a planicies musicales. Es el espíritu helénico, brillante, inmortal, eterno.

Y esta tarde, por esta razón he venido acá para decir que este mensaje lo he encontrado en las páginas de los libros de la poetisa y prosista señora Loula D. Constantinidis.

Un mensaje que ella nos lo da con ternura, espontáneo, rico, sin afectación, leve.

Los arroyos, las alondras, el zumbido de los espesos follajes, el olor de la tierra mojada, los incendios crepusculares, la variedad de colores y aromas, los hallamos en cada libro suyo.

Doce libros tenemos hasta hoy de la selecta y talentosa escritora señora Loula Constantinidis.

Cada uno tiene una brisa nueva para refrescarnos y una voz armoniosa con sus colores y aromas propios.

Junto a esta labor suya editorialmente concentrada, tenemos muchas poesías y trabajos en prosa, ensayos, descripciones de viajes, cuentos, pensamientos líricos, publicados de tiempo en tiempo en decenas de periódicos e impresos literarios en que colabora.

Recuerdo una frase de Nikos Kazantzakis que dice:

“Qué alegría es esta, Dios mío, la de vivir y ver, de reflexionar sobre todo cuanto has visto y sobre todo cuanto todavía tienes por ver”.

Este reconocimiento tiene mayor valor y peso que la oración.

Agradece a Dios por todas las cosas bellas que vive y ve y por todas las que verá en el futuro.

Nikos Kazantzakis no arrió jamás su rizada bandera de la esperanza.

Así también nosotros agradecemos a Dios, porque nos da las posibilidades de encontrar las voces ideales que nos conducen a llanuras luminosas y serenas a través del espíritu helénico *que iluminó a la humanidad, y cuyos reflejos todavía abrazan la horrible tiniebla de nuestro desgraciado planeta*.

Y por una vez más siento una intensa emoción al presentar a una mujer griega excepcional, que honra a nuestro país y a las letras.

Y para dar este paso, mi embriaguez fue precedida por la pluma de la señora Constantinidis, tanto por su poesía como por su prosa.

Señoras y señores:

La obra intelectual es el espejo de todo escritor. No escribes fuera de tu carácter.

No puedes entregar imágenes edénicas si no ocultas un paraíso dentro de ti. Y no lograría la homenajeadada conducirnos al entusiasmo y la elevación espiritual, si su obra no fuera análoga a su mundo anímico.

El arte es don divino. Fue dado por Dios como un presente a los hombres, cualquiera sea el sector en que éstos se distinguen.

Dotada de tal dádiva está Loula Constantinidis.

Con su leve verso femenino, su sensible pluma y con los ricos sentimientos que la destacan y que se forjaron en el taller de su alma ya desde los años de su infancia, nos da sus maravillosos frutos espirituales plenos de savia, y con su presencia en el ámbito del espíritu, eleva a la mujer griega de hoy.

Jamás escribió algo para impresionar.

Siempre desborda ese algo, sea en prosa o en poesía, por necesidad interior, por una poderosa razón de vida y existencia.

No hallamos en sus libros máscara alguna.

Si debe hablar de cielo estrellado encontrará palabras etéreas, y si quiere describir una tempestad, lo hará de una manera singular.

Sus logos lo engalanan sus fuentes murmurantes, que al parecer son inagotables.

Diseminadas en toda su obra están sus inquietudes espirituales, con la conciencia de nuestro tiempo, por todo cuanto vivimos y por lo que inevitablemente viene.

Su texto, en su limpidez, refleja nuestros perdidos “ayer” y nos entrega pedazos de olvidada alegría espiritual, mediante colores y aromas y con voces ideales.

Utiliza la elegante y perfecta lengua popular con transparencia.

Dentro de la plétora actual de ediciones poéticas, en la mayoría de las cuales está totalmente ausente el elemento poético, es difícil sentirse tocado por las vibraciones de una voz poética auténtica.

Nuestra poetisa de esta tarde sostiene la paleta de un gran pintor en sus manos; por eso recibimos emociones.

Debo aun acentuar que, después de haber estudiado toda su obra, llegué a la rara conclusión de que ella jamás pretendió crear impresión de sabia.

No yuxtapone, como desgraciadamente acostumbran otros poetas o escritores, cadenas de palabras que obligan al lector a buscar sentido.

Aquí los sentidos y la escritura son diáfanos, auténticos, cristalinos en su forma más verdadera.

Cada obra suya, sea poesía, sea prosa, parte de una fuente luminosa y concluye tal cual en el extremo de su pluma.

Existe una disposición nostálgica por cuantas cosas bellas se perdieron en el conjunto de su obra, debido a su noble carácter.

Apocalípticos son sus versos que escribe en el poema:

ENCUENTRO

*“Te encuentro
entre viejos libros
en candelabros de salas
que hasta apagados alumbran,
que lanzan a través del tiempo
una reluciente, maravillosa luz,
destello de estrellas
que velan
y hasta reliquias muertas
para nuestra reputación
nuestra sombra desnuda
tanto como dura su luz
y tanto como fortuitamente
nuestro fulgor”.*

En toda su obra no encontraremos cuentos, gorgonas, sollozos de amor, dobleces de mujer. Esto significa que ella no pertenece a la realidad exterior.

En sus descripciones, encontraremos velas blancas, mariposas, tomillo o margaritas silvestres, cosas que no utiliza de adorno, sino porque se encontró con ellas, las vivió y les da su imagen verdadera.

Por eso su obra se caracteriza por lo que en sí misma tiene de auténtica y sólida.

Igual como las columnas dóricas, que parten de la tierra con su base firme para abrazarse en la altura a la levedad del éter azul.

Versos sueltos suyos nos persuaden:

*“El viento y el agua del olvido
que nunca se hagan lágrimas.
Que no cese la amargura
en la mañana de Domingo de Mayo.
Que no se haga espejo la mar
a la hora de la ausencia”.*

*“Me sacrifico a la arrogancia del mediodía
me arrebató su pródiga luz*

*que roba de mi ser
la historia de una tranquilidad de ayer”.*
“No busques otra sombra,
ni en el día, ni en la noche.
Te basta la calma de los jazmines
tal como reposan en mi palma”.

“Quiero decirte tantas cosas cuando vienes
en la noche de las horas perdidas.
Pero el silencio se vuelve coro de voces,
como se mueven los árboles en los extremos,
como se mece la luz de las estrellas
en la superficie de las horas nocturnas”.

“Decirle buenos días a cuantas sombras te saludan
significa que erraste las horas libres
que te hundes sin cesar en lo vano del mundo”.

“¿Qué conocimiento puedes adquirir
con las aves y las nubes?
Se alejan sin cesar
y te olvidan.
Mejor que te envuelva el silencio...”.

Esta poesía nos ofrece la poetisa Loula Constantinidis, poesía rara, auténtica, de fina sensibilidad, de cuerdas multisónicas, transparente, sólida, de variada concepción, color y sentimiento.

Descalza, avanza por la vía Sagrada, púdica, sencilla.

¡Justamente y exactamente! ¡Naturalmente!, porque la poesía es Sagrada y no requiere de gritos e hipocresías.

La poetisa desde el comienzo huye de las pasiones.

Ella recurre a muchas vivencias personales y ha penetrado en los candentes temas de nuestro tiempo, que cambian bajo nuestros ojos a un ritmo rápido, llevando nuestros dolores y los anhelos, las esperanzas y las quejas de un cambio inevitable a escala universal.

Con su sensibilidad, tanto como poetisa cuanto como ser humano, sigue a nuestra época, siempre con la mira puesta en lo mejor.

Sus significados representan a sus pensamientos.

Con una disposición totalmente humana, tomó la pluma y el papel para cantar unas veces el milagro o el éxtasis y otras para gemir por algún dolor ajeno, aunque éste se halle en algún otro punto de la tierra. Con las desplegadas antenas de su sensibilidad, capta el mudo dolor, la lágrima retenida y su súplica asciende como incienso hasta el Señor.

Intenso es el sentimiento religioso de esta poetisa. Fe que encontramos lo mismo en su prosa que en su poesía. Ternura, receptividad sin exageraciones ni gestos hipócritas, sin ilusiones ni teatralismos.

Ella construye templos, los ilumina con misericordia, y así totalmente resplandecientes de consuelo, los ofrece a la oscuridad de nuestro tiempo.

Los valores supremos de la vida fueron para la poetisa puntos de partida y firmes bases, además.

Deja brillar la luz del amor que, día a día, disminuye, y la poetisa lo siente y se espanta.

Desde su infancia se arrodilla en el iconostasio paterno, y su oración era para los pobres, los ancianos, los enfermos.

Y su madre jamás se lo impidió, cuando la veía correr en medio del frío o del calor, hacia allá donde sabía que anidaba el dolor, y ella abría sus brazos, lirio de mayo¹, en cualquier lugar de Grecia en que se hallara.

Desde su temprana edad, reconocía y situaba al ser humano en su justo lugar, y esto porque con su juicio exacto, su conocimiento de sí misma, consideraba a todo hombre como valor supremo y lo respetaba.

No olvidó jamás el factor humano y su destino.

Nació en Atenas. Pero procede de la bella Mani². Su padre, oficial superior de nuestro Ejército, hombre culto, y paralelamente su madre, ayudaron a sus hijos, dándoles la educación que éstos quisieron.

Ahora, aquellos niños desde hace años son individuos valiosos y muy estimados de nuestra sociedad. Ella misma estudió filología y lenguas extranjeras. Trabajó en el Ministerio de Defensa.

Su actividad social y cultural es rica y espontánea.

Mi conferencia, sin embargo, abarca el terreno literario y no toca el resto.

Repetidas veces ella fue premiada y recibió distinciones honoríficas, tanto en nuestro país como en el extranjero.

Muchos poemas suyos y textos en prosa han sido traducidos y se incluyen en antologías griegas y extranjeras.

Hasta ahora su obra ha merecido las mejores críticas de los

¹Mayo en Grecia es plena primavera. (N. del T.).

²Península del Peloponeso meridional, que termina en el cabo Tenaron, con una superficie de 1.800 Km². Durante la Turcocracia permaneció libre gracias a su formación geográfica y a la valentía de sus habitantes. (N. del T.).

intelectuales griegos y extranjeros más distinguidos. Y esta obra suya es rica.

Doce tomos de variada ofrenda espiritual en prosa, narración, literatura de viajes, cuento, ensayo, prosa lírica, poesía. Además, conferencias exitosas en Atenas y en la Provincia. Y como mencioné anteriormente, dí el paso inicial para presentar, en una síntesis completa, la excepcional personalidad literaria de la señora Constantinidis, teniendo como punto de partida mi emoción que emana de su auténtica voz poética.

Viví magníficas horas crepusculares cuando leía esta poesía:

*“Bendito el caminante que descubra el manantial secreto,
donde la fuente destila el agua divina de la hombría.
Ahí, quienquiera que beba, no olvida al mundo,
aprende sólo a querer y a tocar los corazones”.*

Y en otra parte:

*“Duérmete, Adonis,
sobre las camomilas y las margaritas.
Cristo a tu lado sostiene una amapola.
Mañana en Abril el campo
se llenará de miles de gotas de sangre.
La historia no se escribe con el amor.
Se escribe línea por línea con la violencia.
Y suscribimos todos con una palabra:
‘He aquí el Hombre’”.*

Su poema titulado: “Si terminara la guerra” es característico de su naturaleza suplicante.

*“Si terminara la guerra así repentinamente
—aunque quedaran ruinas en Troya
y dolor y grietas sangrientas de la gran matanza.
Si terminara la guerra así repentinamente
abriría mi corazón al sol para gritar
—Vergüenza en pleno Siglo Veinte
alejarnos de todo cuanto Cristo decía—
Pues, ahora es que nos llama la Fe
a unir ahora nuestras manos en himnos de calma,
a cruzar también otros mares abiertos
con velas blanquísimas para bellas expectativas
traer agua y tierra desde las estrellas*

*sin plantar un cactus sangriento
 en la cima del Gólgota, sin distribuir
 las ropas de Aquél jugando de rodillas a los dados.
 Las campanas de la vergüenza hablan, Señor.
 No terminó aún la tempestad en Asia.
 La lengua de la muerte habla con metrallera.
 Nuestras almas muertas se reparten los granizos y
 [relámpagos.
 Las salvas de la vergüenza resuenan todavía.
 Hemos renegado mucho de ti, Dios mío.
 Saciamos el hambre con la amargura,
 la sed indomable con el agua del mar”.*

Con intensa pasión escribe en otra parte:

*“Debes ver con la llama de tus ojos
 la amargura de la vida
 y decir: “Basta ya”.
 Hagamos girar de otro modo esta rueda
 distribuyamos más luz
 a los humanos...”.*

De esta luz, ella habla continuamente.

*“La otra aurora del mundo”.
 Sin evasión, sin voz, sin pena ya,
 cual tiempo petrificado quedó el instante
 en la dirección aguda. Y te asusta
 tanta altura que ganaste en esta angustia.
 Rara naturaleza. Y en torno tuyo la soledad de los
 [seres,
 con que juega dentro de sí la desprevenida luna.
 Sombra de abeto, profundo, en una quebrada
 donde resuena el ruiseñor. Pero antes
 que se apague en su interior la austera visión de la
 [montaña
 anuncia la luz que tendrá sin nosotros
 la otra aurora del mundo”.*

De lo que hasta ahora hemos penetrado en su arte poético, hemos visto que ella escribe en verso libre.

Este verso libre, siendo muy caro, conviene solamente a los verdaderos poetas y sólo a éstos no los hunde.

Para los otros esconde trampas.

Y son muchos los que, creyendo fácil el verso libre, recurrieron a él y cayeron en la trampa y se autocondenaron.

Porque no solamente es difícil, sino además caro. Y si eres pobre en Dádiva Divina, en fuente artística, es imposible que escribas poesía auténtica.

Otros dos poemas extraordinarios de la poetisa Constantinidis:

Post scríptum de un día

*Retuve tu mano sol más apretadamente
la hora en que caías sobre la rubia playa.
Inundada de sombras la costa de los pinos
y el camino apacible en su recato invernal
impotente se envolvía en la escarcha del sosiego.*

*¿Cómo te voy a confesar las preguntas íntimas?
el vestido blanco de las olas
el silencio de los árboles desnudos
el candelabro que busca otras historias?
¿qué deseas que deje primero dentro de mí?
¿Todo lo que te llevaste las horas de ayer?
¿Todo lo que aun te di hoy día?
¿o todo lo que en otro tiempo me comprometiste enviar?*

*Sobre una barca de vidrio dormita la luz,
dentro de mi alma borda el grillo
deseos enajenados, instantes blancos y negros.
Negros, como la oscuridad de su ausencia,
blancos, como el tejido del habla sobre una rosa.
Así también la marcha del sol
la crónica de un día entero
dentro de mi corazón.*

PEQUEÑA CIUDAD

*Una vieja plaza redonda años mira
las casas antiguas atadas a su fastidio.
Desde los techos cae una luz desmayada.
Detrás suyo la mantaña desnuda, en otras partes rever-*
[deciente.

*Una sombra pesada, recuerdo de nieve, desprevenida
navega en un paisaje con cambios profundos.
De una impresión a la otra, hundiéndose lentamente,
puertas pesadas, orificios alineados dentro del vacío,*

árboles pequeños, niños muy magros apenados.
 Junto a las mesas interminables conversaciones secretas,
 otras voces animadas de ironía y de cierta amenaza,
 rostros envueltos en una meditación sin fin,
 subordinación pesimista, otros semblantes indiferentes,
 inmutables, pensativos, con un esbozo siempre
 incompleto en la mente y con la mano en el corazón
 que inútilmente no se somete, rigurosamente censuran
 el mundo en que nacieron, la labranza de una tierra
 que hace pesar dentro de ellos pena y dolor injustos.
 Formas e ídolos que andan girando
 desde la vieja plaza redonda y que el tiempo muele.

Y “5 CUARTETAS” en unidad poética:

*Tengo tanta necesidad de tu mano,
 como el fin del horizonte de la luz,
 tengo tanta necesidad de tu voz,
 como la rama que canta al viento.*

*Hay tanta fiebre sobre la frente del día,
 que se diría que hoy se acaba el mundo!
 Tenemos tanta prisa de alejarnos todos de aquél
 que se diría que hoy ya conocimos el Universo!*

*Dejé mis manos abandonadas
 desiertas en el vacío del barco que corre
 y deja en alta mar al desierto
 que saqueen su destino rapaces las gaviotas.*

*¿Cómo es que abriste así tan bella mi pequeña rosa?
 para quién preparaste perfume y pétalos?*

*¿Para la alegría de la muchacha que te aceptará en
 o para el funeral de un alma de la que renegó la vida?* ^[casamiento]

*Ven y ordena todo cuanto dejaste dentro de mí
 solo y desolado la hora que me rehusaste.
 Ven y busca nuevamente el pulso de mi ser.
 Ahora suena para mí la hora del último deber.*

Hemos destacado a la poetisa y he dejado a la narradora y prosista para mi segunda relación.

Ella se ha desenvuelto con facilidad en muchos aspectos simultáneamente.

En su prosa reconocemos a la poetisa.

Expansivas las imágenes poéticas de un lenguaje preciso, cantado, de la misma fuente, de la misma raíz, de expresión semejante.

En sus narraciones encontramos un sentimentalismo tierno que anhela un abrazo de todos los hombres, en la expresión más noble del término.

Describe diferentes tipos, de la ciudad, de la aldea, buenos, malos, viejos, jóvenes, sabios, simples, con claridad, vivacidad, movimiento.

Si un investigador parte con la mala disposición de juzgar una obra nada más que para condenarla, en la de Loula Constantinidis no lo ha de lograr, por mucho que se esfuerce

Cuando empecé a estudiar su obra y paralelamente a valorarla, me quedé en absoluto silencio ante sus voces:

Encontré orientes y no ocasos.

Encontré luz de sol y no de estrellas.

Hoy el ámbito de nuestra prosa es anémico.

De un lado está la multitud de colecciones poéticas, en que muy pocas se distinguen por cierto pequeño o gran valor, y de otro, la ausencia de prosa en un grado bastante considerable.

Por esta razón, la narrativa y, en general, la prosa de la señora Constantinidis, crea un oasis en la necesidad literaria actual.

Narraciones breves, sobrias y al mismo tiempo maduras.

Aquello que quiere decir, lo escribe directamente, simplemente, sin redundancias que cansan.

Tomemos uno de sus cuentos de su último libro, el décimosegundo que salió a circulación hace pocos meses con el título: "*Hermana del Cuarenta*"

También el cuento lleva el mismo título, es de la época en que ella servía en el Ministerio de Defensa, fue compuesto en el pentagrama de su rara sensibilidad y fue publicado en "Nea Estía", fascículo 1207 del 15/10/77.

"HERMANA DEL CUARENTA"

El talante tenía gran importancia para ella. Esa mirada desdeñosa que te clavaba, que no te permitía penetrar en los profundos secretos del alma. Arrogante, alta, impresionante, imponente. Vestida siempre según el último grito de la moda. Olía entera a un perfume sutil, carísimo.

Theanó era prima mía, nuestras madres eran hermanas. Esto no

la preocupaba jamás a ella como a mí. Yo la admiraba, estaba orgullosa de ella, me atrevo a decir que la amaba. Yo seguía todos sus caprichos, sus palabras, sus movimientos. Seguía su sombra por todas partes, me llenaba de encanto el eco cristalino de su voz.

Ella, creo que me veía como un animalito sin fuerza y obediente. Como algo entre la costumbre y la sumisión a una fuerza superior. Esto muchas veces me hería y llenaba mi alma con sentimientos de leve vergüenza.

Una vez pensé romper todo vínculo con ella. Encontrar otras relaciones, otros círculos de contacto. Pero esto también fue imposible. Teníamos lazos de parentesco, que no se rompían fácilmente. Theanó era dos años mayor, tenía una buena educación, que todos le reconocían. Su casa, en algún lugar de Exarjia³, reunía siempre gente. Su padre era abogado y político. Había sido, si me acuerdo bien, dos o tres veces ministro. Esto, naturalmente, agrandaba más su fama. Theanó era hija única y poseía una gran dote. Pero más que cualquiera otra cosa, ella tenía su presencia imponente, su belleza. Lo único que tenía afligidos a los suyos, era su gran egoísmo, su ironía hacia los demás, su palabra amarga. Su padre muchas veces se enojaba y le hablaba severamente.

—Theanó, quiero que ames a la gente, oía que le decía. No seas injusta y dura.

Ella sonreía y no hacía ningún esfuerzo por cambiar en nada. Creía mucho en sí misma. De un carácter orgulloso, nadie sabía dónde terminaba esa gran fe en ella misma.

Yo no quería por nada alterar aquella vida. Estaba atada al tiempo que rodaba en medio de acontecimientos y personas, un poco antes de la última guerra. Era una época en que rastreábamos el mundo entre el sueño y la verdad. Muchas cosas escurrían en mi alma la sorpresa, la duda, pero también la amargura. De todas partes se acercaban nubes al horizonte. El tiempo cambiaba y cada día adquiría aspecto diferente. El fascismo crecía, se extendía, se tornaba una pesadilla. Europa y Asia se encontraban sitiadas por él.

Los acontecimientos rodaron violentamente en nuestra patria también. Yo era estudiante de Filología cuando llegó la guerra y estremeció tierra y gentes. Muchos hombres desaparecieron de nuestra vida. Aquellos días dejaron en mi recuerdo un enorme vacío. Algo del infierno y de la fiebre de una noche de pesadilla. Quisiera no recordar en absoluto aquel tiempo, pero no puedo. Es algo imposible para mi mente y mi alma.

³Barrio de Atenas. (N. del T.).

Theanó y yo vestimos el uniforme de las Hermanas Voluntarias, después de haber seguido las clases correspondientes de la Escuela de la Cruz Roja Helénica. Fue un período importante en nuestra vida. Queríamos ofrecer de cualquier manera nuestros servicios a la Patria. El trabajo en el hospital era difícil, duro, con sufrimientos psíquicos inimaginables.

Un día, la noticia cayó pesadamente. Debíamos partir para las fronteras, a una posta de operaciones en alguna parte del frente albanés. Nuestro ejército aquel invierno realizaba actos notables, el famoso prodigio del Cuarenta. El Pindos⁴ entero se iluminaba con los relámpagos de la tempestad.

Pocos días antes de la Navidad, nos despedimos de Atenas. Viajamos dos días hasta llegar a las afueras de Jannina⁵. El hospital consistía en una vieja casa turca casi ruinoso. Sin embargo, tenía salas amplias y cómodas y ventanas luminosas, y esto era muy importante.

Era una pequeña estación quirúrgica, un paso salvador. En la ciudad había otros hospitales. A este pueblo microscópico fuimos asignadas nosotras. Theanó y yo. Vestidas ambas totalmente de blanco, con nuestras bertas azules, nos agotábamos al estar de pie ofreciendo cualquier servicio. Primeros auxilios, vigiliando junto al lecho de delirios sin fin, de fiebres y dolores, de intervenciones urgentes en este centro de tránsito. Además, llevábamos la correspondencia de los heridos, consolábamos a esas almas intranquilas, de cuyos ojos no se borraba la destrucción de la salvaje carnicería humana.

Entonces realmente admiraba la grandeza de alma de Theanó.

Se alzó ante mí ya no aquella que conocía. ¡Era otra persona! Valiente, magnánima, alma y voz de nuestra gran batalla.

¡Ah, Theanó, dulce y querida, sangre y espíritu de mi propia generación!

⁴Pindos o Helénicos es el nombre que recibe en Grecia la extensa cordillera de la Península Balcánica que atraviesa ese país de NW a SE, y que originalmente se desprende del macizo alpino centrooriental europeo y cruza Yugoslavia con el nombre de Alpes Dináricos (N. del T.).

⁵Jannina, ciudad de Epiro situada casi en el centro de esta región y a 484 metros sobre el nivel del mar. Su historia empieza el año 1081 d.C., cuando la tomó el normando Boemundo. En 1204 el soberano de Epiro, Miguel Angel Comneno, la designó capital del Estado. El año 1438 fue ocupada por los turcos, durante cuyo dominio existieron en ella famosas escuelas que divulgaban la paideia helénica a toda la nación subyugada. Jannina llegó a ser famosa como capital de Alí Pachá. Durante la primera guerra balcánica la ciudad presentó resistencia al ejército griego, al que finalmente se entregó el 23 de febrero de 1913. Actualmente es una de las bellas ciudades de Grecia, y especialmente de Epiro. Tiene universidad (N. de T.).

Ahora que ya no existes, puedo celebrar tu inolvidable presencia. Puedo decir para ti una canción como esa que repitió el eco de las cumbres del Pindos.

La decisión llegó pasada la medianoche. Con una ambulancia debíamos recoger a los heridos graves. Combatientes heridos a bala, por los morteros, por la matanza. Partimos una noche negra, con la nieve tendida en las calles, amortajada, con un frío penetrante. Ibamos un chofer, dos camilleros y nosotras dos.

Desveladas, con las manos y los pies que tiritaban de frío, con el corazón atormentado por la pena. La muerte había segado a muchos esta vez también. Ese mismo día habían muerto en nuestras manos otros tres, traídos del frente.

El camino nos pareció largo, interminable, en medio de la noche y del barro. Había cesado de nevar, pero el frío lo sentíamos más punzante.

Cogimos a los heridos, cinco soldados, un sargento y un oficial. Sus heridas no eran graves, pero el congelamiento había cavado irremediablemente sus piernas.

Theanó les ofreció a todos de todo. Todavía recuerdo sus manos, aquellos dedos mágicos, cuánta ternura, cuánta compasión esparcían en su caricia. Y su palabra era un himno al heroísmo de ellos. Incluso les recordaba cuán pequeña es a veces hasta la muerte frente a la existencia humana.

Lo sé, decía a menudo, duele el cuerpo, pero no el alma. ¿Así no es, joven valiente?

Los más le respondían “sí” con la cabeza, incluso cuando habían llegado al último peldaño de la vida.

De vuelta en la posta quirúrgica, casi al alba, nos sumergimos de cabeza en el trabajo. Las intervenciones de los médicos eran numerosas. Los gritos, los quejidos, los delirios, enloquecían nuestra alma. Nos dábamos ánimo sacando fuerzas de estos mismos héroes.

Había amanecido. Un día de enero, helado. Un cielo gris lo cubría todo. Y de pronto se escuchó un eco pesado de aeroplanos. Desde la tierra se alzaron nuestros temores que resonaban salvajemente en el cielo, pero el peligro se acercaba, inmenso, aterradorante. Las bombas estallaban alrededor nuestro, sembrando destrucción y terror. Rápidamente comprendimos que su blanco principal era el quirófano, nuestra improvisada estación hospitalaria.

En vano flameaba en lo alto la bandera blanca con la cruz roja. Me desmayé en medio de aquella tempestad y de la ruina que esparcían los aviones.

Cuando volví en mí, me hallé entre los escombros de la casa. Oía a

mi alrededor gemidos, gritos de hombres que pasaron, de un momento a otro, de la vida al infierno.

Alguien me reanimó dándome valor para levantarme. Veía su cara ennegrecida por el humo, el polvo, la sangre. Me había salvado.

Con una mirada de dolor y angustia busqué a los demás alrededor mío.

La mayoría de nosotros se había perdido, médicos, enfermeras, heridos. Entre ellos estaba Theanó también. No pude verla, no me permitieron de ninguna manera.

Es algo horrible, me dijo un médico. Guarda mejor en tu memoria a Theanó viva...

¡Eso hice durante toda mi vida!

Hemos saboreado su arte en la narración y en sus recursos expresivos.

Ahora, conozcamos su prosa.

Reflexiones que nos dan un retrato limpio, sin sombras ni oscuridades.

I “CONFESION SECRETA”

Empero, he guardado dentro de mí, dádiva secreta, algo del tiempo que se fue. Una desacostumbrada moneda de mi traslado. La nostalgia, el amor de las cosas pasadas. Esto al menos nadie me lo puede robar. Y no se compra con nada, porque no se arresta y no se transubstancia en vulgar, en perecible encuentro.

Amo y me habitúo a todo cuanto se idealiza dentro de mí. Lo conquisto y me someto luego a ello. Es decir, a todo lo que pertenece a la totalidad, sin que eso se transforme en estandarte de desesperación, en prueba y dolor del alma. Más que todas las cosas, tú me avergonzaste, flaqueza de la sumisión a la insignificancia y a la nulidad, a la vileza de este tiempo vano!...

Procura, alma mía, resistir a la última humillación: la transacción con la pobredumbre del espíritu, con el estancamiento de tus sueños. Cuanto más alto vuelas, yo te sigo en tu camino. Embriagada hermana de Icaro, mi pensamiento viaja a los siete cielos contigo. Y aunque caigamos desde las alturas, bendito el mar y las olas que nos cubrirán!... ¡Uno muere una sola vez!

2 “BELLOS AÑOS”

¡Cuántas son las cosas que amamos y que se perdieron en el tiempo! Personas, costumbres, paisajes, objetos... Se han transformado lugares, calles con bellos jardincitos no existen ya. El sabor de la ciudad es ahora amargo en su perpetua civilización. Todo se ha contaminado, desaparecieron las horas felices, la época alegre fue enrollada en la angustia de la civilización técnica. Y parece, en verdad, más mezquina de lo que se ve en la realidad.

Hablaba cierta vez con el farol de la esquina de la calle, con la campanilla del carruaje que rodaba en la vía férrea y soñaba. Hablaba con los pregoneros de todo. En aquel entonces cuando los oíamos venir desde los barrios lejanos y abríamos las ventanas para esperarlos, como en los cuentos... Bellos años, mundo viviente, esfuerzo cotidiano envuelto en una abnegación por el pan de cada día, sin pesadilla, sin desesperación.

Bajaba al atardecer al Sarónico⁶ y contaba una a una sus luces en el mar. Paseaba por la hermosa crujía de Falero⁷ y contemplaba lejos en el mar su azul apoteosis. Saboreaba el Mistral y la salinidad del mar, viajando con los ojos cerrados por la inmensa magia helénica.

Ahora “tiene sueño mi alma, Señor!” Todo me parece apagado y extraño, sofocante. Sombras fúnebres, hoscas, inhumanas, deambulan alrededor y dentro de mí. Pensamientos de tiranía saquean mi ser, pinzas agudas atraviesan mi cuerpo: la incertidumbre, la saciedad, la lujuria de esta época.

A primera vista, en su obra se destaca su dedicación a la Patria, su culto a lo Helénico, elementos que hacen vibrar su temperamento y que son canalizados en su rica gama, en su compleja expresividad.

Himnos a los diferentes lugares helénicos que ella exaltó y reverenció.

Con los ●jos abiertos de par en par, de cara al sol, a la Luz Helénica, que ilumina a nuestro planeta con el hálito de rica historia, en este país en que con las osamentas sagradas de nuestros antepasados y con las espadas desnudas se escribió nuestra Santa Historia, nuestra prosista eleva orgullosa en alto mástil la bandera azul-blanca y estalla en los himnos que se encuentran concentrados en el tomo titulado:

⁶Golfo situado entre el Atica y el Peloponeso (N. del T.).

⁷Falero, suburbio sudoccidental de Atenas a orillas del mar. Conectado por ferrocarril eléctrico, une Atenas y el Pireo (N. del T.).

“SUPERFICIE HELENICA”

1

Este espacio helénico es todo entero poesía. En todas partes, en cualquier rincón donde lo mires. De norte a sur se respira el aroma de lo existente, que, una vez establecido, continúa viviendo desde la antiquísima creación del mundo hasta hoy.

Esta sensación la ganas sin esfuerzo, sin sacrificar otras benéficas impresiones. Renuevas la belleza de la tierra entre imágenes precedentes; viajas dentro del tiempo descubriendo sólo lo que acaba en una liturgia mística de la naturaleza y del hombre. Porque la Tierra Helénica descuenta allí lo inmenso de su belleza. En la sensación de lo Viviente y de lo Bello. En lo primero existe el alma, la lucha, lo humano, el esfuerzo y la cultura, la virtud de la Libertad, la Fe; en lo segundo, la Génesis de la belleza, la armonía, la gracia, la duración del valor natural.

2

Aquí, en la cumbre de Atenas, en la Acrópolis, palpita toda el alma de Grecia. Exactamente como abre la rosa blanquísima en el alba y saluda al mundo, así también el Partenón envía su irradiación al Universo. Es el momento del encanto, la duración del tiempo ideal, el misterio perdurable de la Creación, el equilibrio perfecto entre el ayer y el hoy.

Subes a la Acrópolis y saludas a la grecidad. Enfrentas al hombre y el arte, el sentido que posee el mundo atado dentro del tiempo, dentro de su historia. Y ningún otro antiguo templo en ruinas conserva tanto la integridad de su belleza, como el Partenón. Desde los capiteles sale la Luz de la eternidad helénica y aquí se consuma la expiación de nuestra raza. Sin él sería otra, diferente, nuestra marcha en la tierra. Cuanto más idealista es el hombre, tanto más se problematiza en este lugar. Su negación ocasiona la destrucción y el nihilismo, la enajenación del alma.

3

Viajando al extremo del Sarónico, antes que te reciba en sus brazos el Egeo, la tierra de la confederación ateniense te envía el último saludo. Es el Templo de Poseidón en Sunion⁸. Imponente, muy

⁸Cabo en el extremo sur este de Atica, donde existen restos del templo de Poseidón (N. del T.).

armonioso, atado al espumoso mar, a las rocas de Atica, a los pinos, a la bóveda celeste. Lo contemplas y respiras profundamente. Disfrutas la magnificencia helénica, revives la mitología del tiempo, resucitas el Panteón marino con los Tritones y las Nereidas, las Sirenas, las Gorgonas, las Medusas, las Ninfas de las profundidades y de la ribera. Un cuento admirable que abrazas y entibias con el recuerdo de tus años de la infancia, con el amor y la ternura que muestras siempre a las aguas helénicas.

Sunion, es el Atica entera que te saluda, no con el lúgubre deseo, la pena del Egeo, sino con un pañuelo marinero de gran señora, ella misma patrona del navío, desde la galería de su templo. Un saludo que se llevan el viento y las olas y lo transportan hasta las impacientes Cícladas.

4

Muchas penas tiene la greicidad⁹, pero como el adiós a una tierra que te retuvo y te hizo crecer, madre y hermana, a su lado, no existe otra. Adviertes el dolor en los ojos, en los corazones de los hombres que se expatrian. Se agachan del parapeto de los barcos, de los puentes, y anhelan llevarse todo lo más vívida que puedan la imagen de la tierra que dejan. Personas, calles, casas, playa, forman todas una imagen imborrable en la memoria de los tiempos. Y el sufrimiento del alma no tiene par. Semeja a la ausencia de una época que no vuelve atrás, al entierro en un campo que golpea despiadadamente la soledad y el cansancio del sol.

5

Sobre el bastidor, la nieve se derrite en una sensación de acabada pureza. En vano procura la rama desnuda reternerla, ayudarla. Vivió una noche la calma invernal de la aldea griega, escuchó los pájaros nocturnos y los perros en el redil, sonrió al canto del gallo y conoció el mundo del alba. ¿Cómo vivir otra cosa? ¿Qué disfrutar más en el despertar del día? El aldeano no está nunca quieto. Una vez la leña, otra el campo, otra la viña, le quitan el tiempo diario. Es tarde y dónde detenerse. Que se vaya, pues, ésta también. Mejor que se la lleve el viento, que se haga copo en el aire, que desaparezca en la tierra. De lo contrario, alguna mano de la casa la barrerá. Mañana, cuando haya rodado el día y esté lejos el mal tiempo y empiece la primavera y brille el paisaje, en ese mismo brocal, fresca, la verde albahaca perfumará el aire llena de animación ante la vida.

⁹La autora emplea la expresión "Romiosini" (Grecidad, helenidad), con que se designaba al helenismo durante la turcocracia (N. del T.).

6

Cuanto más cruzas esta tierra, tanto más descubres no sólo su gente sino también tu propia alma. Compites en muchas partes. Te haces poeta, pintor, compositor, cultivas y refinas tu gusto, la paciencia de combatir los egoísmos —tuyos y ajenos—, de descubrir la belleza en el conjunto y en el detalle, de saludar a tu semejante sin cálculos e intereses, de llevar tu yo verdadero y no el falso, el afectado, de orar a la virtud y la belleza, como dentro de la iglesia, de tender tu mano para que se sostenga otro junto a ti, de subir las cumbres, no enojado y jactancioso, sino como un pájaro transeúnte que mañana mismo parte hacia lo desconocido.

7

Grecia tiene su superficie, como cada otra tierra la suya; tiene los terrenos, las alturas, las playas, las islas, los desiertos, las colmenas humanas, los bosques, los ganados, sus flores. Tiene su mundo propio diferente, renovado, succulento, agitado, multicolor, sensible, siempre joven. Verdadero álbum con sus imágenes y sus mosaicos, el señorío de las casas, el sentido profundo de una continuidad particular dentro del tiempo.

Basta con que no niegues a este mundo, que no lo dejes injustamente deshilacharse dentro de ti, como vestido gastado o como flor olvidada, y entonces saborearás el pan cotidiano de todo el Universo. Aquí no existen grados de pequeño o gran recogimiento. Solamente existe el Deber y todo éste eres tú. Viajas por este espacio continuamente, no permaneces inactivo.

Cuanto más puedas gana su encanto, antes de que te arrepientas en tu irrevocable fuga.

Señoras y señores, he tocado de manera representativa la obra multifacética y constituida por tantos elementos, de Loula Constantinidis, obra de estilo tan personal, que ya desde su primera aparición hizo impresión y fue abrazada con aprecio por su valor literario. Tiene las mejores críticas de sobresalientes personalidades de nuestras letras y nuestro mundo científico.

Junto con sus vivencias, reconocemos recuerdos históricos, diferentes pinceladas, intensas nociones de psicografía. *Con todo lo que describe*. En fin, esta obra se convierte en un faro, un guía del mañana.

Ninguno de nosotros pone en marcha su vida partiendo del hoy.

Antecedieron otros. De ellos hemos heredado experiencia, conocimientos.

Cada uno de nosotros, de acuerdo con su carácter, ha sacado una conclusión.

Pero será un error si decimos que con la experiencia y el conocimiento de ayer, vemos el mañana.

Con la marcha lógica del desenvolverse, desde el hoy miramos el amanecer del mañana.

A partir del hoy se continuará el mañana.

El ayer, rico en experiencias, ofrendas, sacrificios, ha dado al hoy la continuidad, a este hoy que dará el mensaje al mañana que llega.

En este hoy se desplazó y se desenvuelve Loula Constantinidis. Se dedicó a él hora a hora, día a día, mes a mes.

Su marcha de escritora tiene sus pasos claros.

Puede volver fugitivamente a los recuerdos, a las nostalgias. Pero ella jamás se abandona al ayer.

Su sangre fluye caliente en el hoy y su hálito pertenece al presente.

Si queremos vivir en la verdad, hablar con conocimientos, no hemos de contentarnos con las visiones de Julio Verne.

¡Ya aquel ayer se ha hecho realidad! Hemos pisado el abismo del paisaje lunar, hemos caminado en el espacio. Y esta hazaña humana la hemos dejado atrás nuestro, porque ya empieza un poco a descolorarse y porque el hombre, en los momentos en que declina lentamente el siglo veinte, marcha hacia la meta de Venus y Marte.

De manera que Julio Verne no ofrece ni siquiera un cuento fantástico.

Solamente el asombro de su profecía, de su inmensa fantasía.

Y para no salir del dominio intelectual helénico, Papadiamantis¹⁰, el santo de Skiathos, escribió lo que sucedía en su tiempo.

Nuestros antiguos escritores, se inspiran en su presente, que para nosotros es “ayer”.

Sólo la literatura de viajes no tiene edad y por consiguiente no envejece.

Con una sola diferencia: que en las antiguas descripciones descubrimos las bellezas naturales perdidas.

Fuera de la literatura de viajes, el resto de la prosa del pasado indudablemente nos encanta, pero ni con la mente toca los quemantes problemas de nuestro tiempo, con sus angustias, sus revueltas, las bombas de neutrones y sus mil y una cosas más que nos roban los colores y perfumes y las voces ideales.

¹⁰Alejandro Papadiamantis, nacido en Skiathos, una isla del Egeo, en 1851 y muerto en 1911. Escribió novelas de contenido histórico de su época y algunas poesías (N. del T.).

Una estadística procedente de una investigación análoga realizada en Londres y Nueva York, ha mostrado que por cada venta diaria de un libro de Shakespeare, se venden más de 50 de Erich von Denikine.

Los prosistas actuales, y también los poetas, cualquiera sea la jerarquía en que se encuentren, con sus conocimientos del ayer y del hoy, construyen en último análisis *este presente*.

Por esta razón debemos conocer a los que hoy se distinguen por su obra y por su dimensión literaria, para comprender cómo llegaron los mensajes a este quemante presente.

Aquiles Parasjos¹¹ cedió su lugar al melancólico Lampros Porfiras¹², y éste a su vez cedió el paso al inspirado iniciador Sikelianós¹³.

Hoy no sabemos quién mantendrá el primer lugar, porque ya se han distinguido los grandes espíritus, los pensadores, los poetas, por su valor, y nuestros prosistas por su obra extraordinaria.

Y no cito nombres, no obstante mi gran respeto por la obra de ellos.

Una valiosa y singular representante de este maduro hoy, junto a los hombres del espíritu que se distinguieron de los muchos, entre las griegas, está también Loula Constantinidis con su obra.

Ella ha estudiado la literatura antigua, extranjera y helénica, que ha sido la base fundamental para los actuales.

Pero ella ha tomado su escítalo y va adelante. Esta mujer tan excepcional, esta griega meritoria que nos habla sobre el hoy con sus millares de problemas, sus desilusiones, sus sueños, sus expectantes alegrías, asió dignamente el bastón de peregrino.

Señoras y señores, cierto es que no cesaremos jamás de sentir que nos rodea una pequeña muerte cuando vemos caer un árbol, marchitarse los lirios, alejarse los pájaros.

E igualmente es que siempre existirá una Constantinidis que nos regale con sus libros, con su obra literaria, los colores y perfumes perdidos, las voces ideales, y que toque los problemas de nuestro tiempo a escala universal.

¹¹Aquiles Parasjos, poeta romántico, 1838-1895 (N. del T.).

¹²Lampros Porfiras, 1879-1932, poeta, uno de los representantes del lirismo neohelénico (N. del T.).

¹³Angelos Sikelianós, 1884-1951. Gran poeta y reactivador de las fiestas delficas, junto con su esposa Eva. Fue considerado para el Premio Nobel, entre otras grandes personalidades, por P. Claudel, G. Duamel, L. Aragón, F. Mauriac, T.S. Elliot, Eugene O'Neil, etc. Pero, igual que Kazantzakis, no fue elegido por razones de envidia. Sin embargo, el respeto hacia su persona es universal, y la admiración por su obra será imborrable (N. del T.).

El arte, como don divino, eleva a los hombres a alturas espirituales y psíquicas. Y con sus libros, los escritores y poetas de hoy consiguen alzarnos a esas alturas donde el hombre rehúsa las pequeñeces, el materialismo y, con el espíritu claro, es conducido a otra esfera, donde no existe lodo, sombras, pesadillas.

Así, señoras y señores.

Si la golondrina primaveral no puede gorjear en el césped y en nuestro balcón de cemento.

Si el ruiseñor no nos engaña en las tardes bañadas de luz lunar.

Si los lirios florecen en lejanos arenales, el sol, empero, siempre se alzaré rosado y sonriente para desplegar antes nuestros ojos las banderas irisadas de nuestras esperanzas.

Este sol, que nuestra poetisa y prosista espera brillante para el futuro, en tanto la vida ha de continuar, como ella lo dice en su poema:

“TIEMPO DE AYER”

*Hablábamos del mundo de ayer
y nos transportó el canto del recuerdo,
las horas que se vuelven pájaros,
las presencias que se alejan como las nubes.
Tú, hojeabas los acontecimientos,
y yo, todo lo querido que olvidé.
Rostros, objetos y algunas ideas,
que no se aferraron jamás a una forma definitiva,
ni siquiera se enroscaron en la gloria efímera de lo esta-*

[blecido.

*Pasemos, pues, juntos ahora,
por las viejas callejuelas del recuerdo.
Y digamos, como entonces,
el sol del futuro viene brillante,
idéntico y sin cambio, el mundo prosigue.*